

Willigis



JÄGER

Adonde nos lleva nuestro
ANHELO

La mística en el siglo XXI



Desclée De Brouwer

WILLIGIS JÄGER

**ADONDE NOS LLEVA
NUESTRO ANHELO**
La mística en el siglo XXI

Alocuciones
Sermones
Inspiraciones

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PRÓLOGO DEL AUTOR	25
1. SER CRISTIANO HOY	27
La religión en la actualidad	27
El cristianismo hoy	36
Tiempos críticos	38
Estrechamiento de la consciencia y vacío	40
Esoterismo y cristianismo	42
La religión auténtica (Lc 17,20)	44
El cuerpo como templo. Deporte y espiritualidad (1Co 3,17; 1Co 6,19ss)	47
En busca del sentido de la vida	51
El camino de vuelta a casa	53
Experiencia de Dios. Abandonar patrones e ideas	55
El Primer Origen	58
Experimentar a Dios – hablar de Dios (Pr 8; Jn 15,1 ss.)	60
Una nueva visión del mundo – una nueva visión del ser humano	68
La pérdida de lo femenino en la religión	76
El llamado pecado original (Gn 3,1-8)	79
Las Sagradas Escrituras	81
¿Un Dios justiciero? (Is 49,8-15)	81
El nombre propio (Ap 2,17; 3,12)	83
El sonido de la flauta	83

2. NAVIDAD	85
Tres niveles de consciencia (Is 35,1 ss.)	85
Navidad y Krishna	87
Concebido inmaculado – nacido virginalmente	93
Dios de Dios - Luz de Luz (Jn 1 ss.)	96
¿Por qué celebrar la Navidad?	99
Navidad hoy en día	103
Una fiesta importante	104
¿Qué se manifiesta?	108
Navidad y ser persona	110
Circuncisión	115
Visión profética (Lc 2,36 ss.)	116
Nosotros los cosmopolitas	117
3. JESUCRISTO	121
Bautismo de Jesús (Mt 3,13 ss.)	121
Jesús, el proclamador del Reino de Dios (Mt 4,12; 13,44 ss.) ...	123
El Reino de Dios, una red de pesca (Mt 13,47)	126
El Reino de Dios, un cuerno de la abundancia (Mc 4,11 ss.; Jn 3,3)	128
Jesús hoy	130
Jesús la piedra angular (Mc 12,10)	134
Jesús, el buen pastor (Jn 10,11)	136
Jesús, el loco	136
Las bienaventuranzas (Mt 5,1 ss.)	138
¿Quién era Jesús? ¿Qué quería? (Jn 4)	140
La transfiguración de Jesús (Mc 9,1-13)	145
El Cristo cósmico (Rm 6,3)	148
Homooousios	150
Redención (Ap 21,21 ss.)	152
La unción de Jesús (Jn 12,3)	154
El lavatorio de pies (Jn 13,1-20)	156
Jesús, el guía hacia lo Divino	157
4. TIEMPO DE AYUNO Y DE DESIERTO	159
Miércoles de ceniza	159
El éxodo de Egipto (Ex 14,1 ss.)	160
Moisés en el desierto (Ex 3,1)	162
Jesús en el desierto (Mc 1,12; Lc 4,1-13)	163

La sombra	165
Pecado (Jn 9,1; Mc 10,52)	172
El ayuno eclesial (Is 58,5-10)	174
La ley eterna (Mt 5,17; Jn 14,6 ss.)	175
Sufrir y madurar (Mt 16,21)	178
No os preocupéis (Mt 6,25 ss.)	181
Viernes Santo	183
5. PASCUA	191
Éxodo (Ex 33,18 ss.)	191
El ejemplo de Jonás (Jon 1,1 ss.)	194
Lázaro (Jn 11,17)	196
Sábado Santo	197
Los relatos de la resurrección	201
Lo femenino en el suceso de la resurrección	202
Resurrección del cuerpo	205
Resurrección hoy	208
La Ascensión	211
Discípulos (Mc 3,31)	212
6. EUCARISTÍA	217
El cáliz de la Alianza nueva y eterna (Gn 9,9; Jr 31,31)	217
La celebración del banquete (Jn 6,25 ss.)	219
Tocar (Mt 8,1-4)	222
Danzas en el culto divino (2S 6,14-23)	223
Banquete del amor (1 Jn)	226
7. VOCACIÓN Y FORMACIÓN	229
Vocación o religiosidad cósmica (Mc 1,6 ss)	229
¡Velad! (Mc 13,33 ss.)	233
Las bienaventuranzas (Lc 6,20-26)	237
El joven rico (Lc 18,18 ss.)	238
Amad a vuestros enemigos (Lc 6,27 ss.)	241
Los dos hijos (Lc 15,11-32)	243
La lucha de Jacob contra la sombra (Gn 32,23 ss.)	245
Celos (Mc 9,38 ss.)	247
La puerta estrecha (Mt 7,13 ss.; Lc 13,24)	248
Humildad (Lc 18,9)	251
La viuda pobre (Mc 12,37)	253

Comunión (Jn 17,9-19)	254
El sembrador (Mc 4,3 ss.)	258
Venid a un lugar solitario (Mc 6,30)	259
Ser libre para Dios - San Benito	261
8. ORACIÓN Y CURACIÓN	265
Sobre la oración (Gal 4,6)	265
La serpiente de bronce o la potencia más alta (Num 21,8)	267
Elección de invitados (Lc 14,12-14)	269
Curar (Jn 9,1; Mt 4,23 ss.; Mt 9,1 ss.; Mt 10,1; 14,14)	271
Oración de petición y energía (Ex 17,8 ss.; Lc 18,1 ss.)	275
9 PENTECOSTÉS Y LO FEMENINO	279
Sabiduría (Si 24,9)	279
Pentecostés	280
María	284
Para una boda (Alocución nupcial)	286
10. PERECER Y NACER	291
Vejez y muerte (Jn 21,18)	291
Experiencias cercanas a la muerte	294
En el entierro de un niño	296
En el entierro de una persona adulta (Lc 23,44-46; 24,1-5)	296
Fin del mundo - Origen del mundo	298
Tiempo - eternidad. Todo tiene su tiempo	301
EPÍLOGO	305
EPÍLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA	307
BIBLIOGRAFÍA	309

PRÓLOGO

Hace unas semanas el P. Willigis me envió tres disquetes con homilías y alocuciones de los últimos años con el ruego de que revisara y redactara los textos para que pudieran ser publicados en forma de libro. Después de un primer repaso de las homilías y alocuciones, se me ocurrió ordenarlas por temas, sobre todo para que fuera fácil localizarlas para las fiestas principales del año. Así, los lectores y lectoras podrían encontrar más rápidamente lo que buscaran, mirando el índice. Desde luego los textos son interesantes, refrescantes e inspiradores. Algunos destacan especialmente por su profundidad, claridad y originalidad. Los que hayan escuchado alguna de las homilías recordarán el timbre de la voz y tal vez se estremecerán nuevamente al leer ahora los textos. He intentado en lo posible mantener el estilo personal del P. Willigis y, tan sólo algunas veces, he adaptado al lenguaje escrito lo que estaba concebido para ser transmitido de viva voz. Asimismo, con el fin de mejorar la orientación del lector, he introducido nuevos títulos. Los capítulos más extensos se refieren a cómo ser cristianos hoy en día y a Jesucristo, y asimismo a la vocación y a la formación. Después de examinar la primera redacción del libro, el P. Willigis me pidió que escribiera también un prólogo. “No importa, me dijo, que resulte algo largo y teológico”.

Después de haberme ocupado de las alocuciones y homilías quisiera resaltar algunas impresiones que me parecen especialmente importantes y hacer unas reflexiones teológicas sobre ellas. Con ello espero poner de relieve la forma especial en que el libro trata los textos bíblicos y llamar la atención sobre su enfoque revolucionario, tal como yo lo percibo.

La Biblia desde una perspectiva poco común

A primera vista llama la atención la fuerte presencia de la Biblia. Se citan pasajes bíblicos que no deberían ignorarse, aunque no se interprete cada una de las frases. Pero, cuando nos fijamos más, nos damos cuenta de que no se trata de una exégesis realizada en la forma tradicional, aunque se perciba en el trasfondo la existencia de una exégesis teológica profesional junto con un análisis crítico histórico. Sin embargo, para el autor la importancia no radica en la exégesis de estos textos según la forma tradicional, o sea, basada en el contenido filológico histórico. La atención no se centra principalmente en la historicidad de los sucesos que se relatan, ni tampoco en la intención consciente del autor bíblico, ni en su posterior transposición a los tiempos actuales.

Los textos bíblicos, igual que muchos otros textos místicos, sirven aquí más bien de testimonios e indicadores para el acceso a la fuente de la que provienen: la experiencia de la intimidad y unidad con Dios. Se trata siempre de esa fuente y del acceso a ella, así como de los efectos de esas “experiencias de la fuente” sobre las personas que se sienten atraídas por ella o que ya se han encontrado con ella y son alimentadas por ella. Así que el tema central no lo constituyen las intenciones conscientes de los autores sino sus testimonios, incluidos los inconscientes, de una experiencia religiosa profunda. Y, como esta experiencia tiene hoy la misma estructura que antaño, los relatos simbólicos de la Biblia pueden servir también de indicadores para las personas actuales, ya que se trata de la experiencia más importante del ser humano tanto antes como ahora: de la experiencia de su unidad con el fondo originario, con Dios, o como quiera que se denomine la Realidad absoluta. Willigis no vacila en dar múltiples nombres a la experiencia de la fuente absoluta. La diversidad de los nombres, que provienen de todas las religiones y culturas, demuestra que ninguna tradición lingüística puede pretender ser poseedora exclusiva de la “fuente”; en el ámbito espiritual no existe la exclusividad. Pero lo que quiere transmitirnos el autor es que la fuente existe y sigue brotando tan vivamente hoy como antes, y en cada una de sus alocuciones percibimos ese vivo deseo suyo.

La revelación de Dios no ha terminado

La revelación divina no pertenece al pasado, como se cree y se afirma generalmente. La fuente divina mana también hoy en día y es accesible a todos los que están dispuestos a sintonizar con ella. Cómo ir a

su encuentro, percibirla, conocer su singularidad y reconocerse a sí mismo en ella es lo que se describe en los textos tradicionales, y es lo que sigue siendo aplicable a la vida de las personas de hoy en día.

Por ejemplo, el bautismo de Jesús en el Jordán y el periodo de tiempo que pasó a continuación en el desierto se convierten, para toda persona dispuesta a abrirse a la experiencia de su propia condición, en la expresión de ser hijo/a de Dios, tal como ocurrió con Jesús en su bautismo. Hoy, igual que entonces, es posible ser llevado por el espíritu a la aridez del desierto y quedar expuesto a la embestida de los demonios. Asimismo, la experiencia de Getsemaní, del Calvario y de lo ocurrido en el Gólgota, incluida la resurrección, son símbolos del camino del ser humano hacia Dios y en Dios. En este contexto, a Willigis le gusta hablar de símbolos, de mitos o de imágenes simbólicas. Los símbolos no son meros conceptos, sino que forman también parte de lo que representan. Y los mitos impresionan a las personas mucho más hondamente que los hechos históricos, cuyo significado debe ser explicado previamente.

La forma en la que el P. Willigis interpreta y trata los testimonios bíblicos es completamente distinta de cómo lo hace la exégesis tradicional. Incluso me atrevería a decir que introduce un nuevo enfoque para las ciencias teológicas y la formación teológica, aspecto que trataré brevemente a continuación.

El acceso tradicional a la Biblia

Me parece importante tener en cuenta esta diferencia de enfoques. En nuestros estudios teológicos aprendimos que al estudiar la Biblia había que investigar sobre todo su sentido literal, pues de otra forma no sería posible salvar la diferencia de siglos que separa aquellos tiempos de los actuales. Aprendimos a plantear la pregunta: ¿Qué es lo que quiso decir el autor –por ejemplo, Pablo– a las personas a las que se dirigía, utilizando las palabras que empleó? ¿Cuál era su intención (consciente)? ¿Qué idea tenía Pablo de la comunidad de Roma cuando escribió su epístola a los romanos? ¿Cuál era la situación real de aquella comunidad? ¿Qué es lo que quiso transmitir a los romanos en esa situación? Cuando leyeran u oyeran la epístola de Pablo, ¿qué es lo que tenían que creer, cómo debían entender su fe, qué tipo de creencias debían adoptar? Y, por último, ¿cómo integrar todo eso en su vida cotidiana? Según este enfoque tradicional, solamente después de haber profundizado en el pasado se puede encarar el presente. Sólo entonces cabe pre-

guntarse: ¿Cómo es nuestra situación actual en comparación con la de antaño? ¿Cómo hay que entender hoy la intención que tuvo Pablo en el pasado? ¿Qué tipo de creencias debemos adoptar a partir del texto? ¿Qué efectos debe tener para nuestra vida? Según este esquema surge un paralelismo: la verdad de fe que el autor quiso anunciar a la gente de su tiempo, en su situación específica, es la que el exegeta de hoy deberá transmitir a las personas en su situación actual. La misma verdad de fe contenida en los textos antiguos es presentada a las personas de hoy para que acepten, comprendan y realicen esa verdad en su vida.

Me parece que este es el patrón más utilizado en la exégesis bíblica, sobre todo en los últimos dos siglos. Por supuesto, esto no es más que un esbozo al que se han añadido las más diversas variantes a lo largo del tiempo. Pero creo que podemos resumir así el punto de partida teológico. A partir de ahí se desarrolló después toda la sistemática de las disciplinas teológicas. La lingüística, así como todas las disciplinas históricas, en especial la historia de los tiempos bíblicos, tenía que hacer aportaciones a la exégesis. Al tratarse de la traslación al presente, había que introducir la historia de la Iglesia y la de los dogmas y, sólo entonces, los dogmáticos podían comenzar su trabajo. Tenían que crear y fundamentar lo más razonablemente posible una visión global de lo que hoy en día es permitido y de lo que se debe creer. Así pues, a partir de la dogmática se desarrollaba el catecismo correspondiente, para su presentación al pueblo. Para llevarlo a la vida cotidiana hacía falta, en primer lugar, la teología moral. Luego, para completar la formación del teólogo y encomendarle el trabajo práctico, había que recurrir a las aportaciones de la teología práctica y de las ciencias sociales. La realización espiritual de cada persona se dejaba en la práctica al criterio de cada individuo, ayudado por su director y guía espiritual.

Lo que me importa recalcar aquí es que, en primer lugar, se trataba siempre de conceptos mentales, imágenes y pensamientos, y que la realización personal seguía, en un segundo plano, al trabajo mental. El patrón básico podía resumirse en tres fases: fe-comprensión-práctica.

Primacía de la experiencia

Si, en cambio, seguimos el método que utiliza el P. Willigis al tratar los textos bíblicos, habría que nombrar en primer lugar la práctica, y muy en concreto la práctica de la contemplación (o del zen). Es decir, la práctica no figura al final, sino al principio. Todas sus alocuciones van

dirigidas a personas que practican la contemplación o el zen; desde luego, a personas que practican la forma de meditación sin objeto, que están “en el Camino”. Ya se trate de principiantes o de individuos más adelantados, siempre se dirige a personas que practican. Impregnarse de las perícopas bíblicas no es ninguna actividad intelectual llevada a cabo en un despacho, como lo son, por ejemplo, el estudio de las exégesis bíblicas y la lectura de catecismos. Esta actividad intelectual es diferente del efecto que los testimonios de “experiencias de la fuente” tienen sobre unas personas que, ellas mismas, están yendo por el “camino a la fuente”, deseando ahondar más en su propio camino. Ir hacia la fuente es un camino hacia el interior, así como un camino en el interior. Es el camino contemplativo y para él se han colocado los indicadores de los textos bíblicos. Y estos indicadores no se encuentran solamente en la Biblia sino también en muchos otros textos que se basan en experiencias místicas. Pero hablar, por ello, de una interpretación “mística” de las escrituras no me parece adecuado porque la expresión es muy vaga. Lo que sí se podría decir es que, en esta aproximación a los textos, la experiencia mística ocupa el centro de la atención, y esto es verdad tanto hoy como antaño. Por ello, nos podemos orientar gracias a los indicadores, pero no debemos quedarnos estancados en ellos. Tampoco merece la pena discutir largamente sobre ellos, como tampoco aporta gran cosa un control de los textos elaborados en la mesa de trabajo. Lo más importante de los indicadores es la dirección que indican, la experiencia de la que provienen y la que quieren provocar y fomentar. En este sentido, las alocuciones animan a todos a andar por sí mismos el camino hacia la fuente divina. Pueden servir de inspiración para eso una y otra vez.

Pero la transformación se da en la persona que camina hacia la fuente y regresa nuevamente desde allí a la vida cotidiana; algo así como la transformación de Saulo en Pablo. Nadie adelanta en este camino sin encontrarse con grandes obstáculos y someterse a duras pruebas. Tan sólo se puede alcanzar la fuente –y eso lo recalca el P. Willigis una y otra vez– cuando *el pequeño yo*, que siempre gira alrededor de sí mismo, experimenta la muerte del *yo* y acepta su existencia como una transparencia pura de la fuente originaria divina. La razón y la voluntad que giran alrededor de la individualidad de la persona tienen que sosegarse completamente para que “la fuente” pueda obrar, esa fuente que existe en todas y cada una de las personas y que es alcanzable por todas ellas. Todos somos hijos e hijas de Dios, llamados a vivir la vida de Dios en nuestra vida, y nada más. Pues donde hay vida se trata de la vida divi-

na. No conozco a ningún autor de los últimos tiempos, por lo menos en lo que se refiere a las publicaciones existentes, que haga hincapié en esta verdad con tanta insistencia y de forma tan consecuyente y persistente para todas las situaciones vitales posibles.

La comprensión al final de la vida de un teólogo

Esta verdad ha surgido también en conversaciones mías con otras personas. Recuerdo un diálogo con el jesuita P. Wilhelm Klein, guía espiritual durante mi época de estudios en Roma, que murió en 1996, a los 106 años. Era un hombre muy erudito, sabio y piadoso, que había inspirado a muchas personas en entrevistas personales, pero que se oponía siempre a publicar algo en forma escrita. Cuando le entregué, dos años antes de su muerte, mi libro *Zum tieferen Sinn von Religion* (Acerca del sentido más hondo de la religión) me dijo, inmediatamente después de haber leído el título: “Peter, ¿existe algo fuera de la religión?”. Le dije que no, y me contestó: “¡Bien! Ahora, mientras estamos conversando, se produce una alternancia: a veces hablo yo y tú escuchas, y a veces hablas tú y yo cojo mi audífono y escucho ¿no es cierto?”. Y a continuación añadió: “¡No! El que escucha y habla es siempre el mismo”. En otra ocasión le pregunté: “Puesto que eres ya tan mayor ¿quién morirá cuando tu mueras?”. Se echó a reír con fuerza y contestó: “Es Dios el que muere”. Seguramente, a la pregunta: ¿Y quién nace cuando nace un niño? también habría contestado: es Dios el que nace. ¿No nos recuerda esto la frase de la Gita, que tantas veces repite el P. Willigis: “Siempre es el Señor el que nace”? El P. Willigis y sus discípulos de contemplación y sus maestros de contemplación no se encuentran, pues, solos en el camino.

Pero, por supuesto, tampoco nadie va solo por el camino de la práctica. Al fin y al cabo cada uno tiene que andar el camino de Jesús hasta el final y morir la misma muerte que él. Tan sólo después de esa muerte del *yo* surge la nueva comprensión de la existencia que corresponde a la resurrección de Jesús. Por ello es importante andar por el camino con un acompañante competente. Todos necesitan ayuda para comprender lo que se ha experimentado e integrarlo en su vida. Luego, en algún momento, se cae en la cuenta de que el anhelo que motivó la partida tiene su realización en la fuente divina a la que apuntan los indicadores; es decir, que los indicadores bíblicos siempre apuntan más allá de sí mismos, hacia el interior de la misma raíz de la existencia humana. Señalan el camino hacia donde nos lleva nuestro anhelo.

El nuevo paradigma

Con ello se ha producido un cambio en la función de la religión. En vez del antiguo modelo de los tres pasos: “creer-comprender-practicar”, el nuevo paradigma es ahora: “practicar-experimentar-comprender”. En primer lugar está la práctica. No la teoría ni tampoco ningún concepto teórico. Hay que ver todas las alocuciones del P. Willigis en el contexto de la práctica contemplativa. Los oyentes a quienes van dirigidas están introducidos en la práctica de la contemplación o del zen (que son idénticos en su forma) y tienen sus experiencias propias. Las alocuciones les ayudan a tener una experiencia y a comprender de qué se trata. No se trata de adoptar ideas de creencias establecidas previamente, sino del ejercicio de una práctica acreditada que conduce a la propia experiencia. Como, al fin y al cabo, siempre se trata de la experiencia de la misma “fuente”, nadie se sorprenderá de que las historias simbólicas de la Biblia describan un camino por el que también andan las personas de nuestra época.

Este cambio de paradigma me parece revolucionario. Si se implantara en la vida de las Iglesias y en la formación teológica, surgirían estructuras, acentos y estilos de vida completamente nuevos. La enseñanza del ejercicio de la práctica espiritual ocuparía el centro. Juntamente con nuevas formas de cultos divinos, la práctica espiritual determinaría la vida de las parroquias y ocuparía también el centro en la teología. Por supuesto que todas las disciplinas históricas y sistemáticas deberían proseguir sus trabajos, pero de diferente manera. La función de la exégesis no consistiría ya en “traducir” a nuestra época el sentido de sucesos acaecidos hace muchos años, sino en hacer posible que la luz percibida antiguamente penetrara y fuera de nuevo operativa en el contexto de nuestra época. La Biblia sería nuevamente descubierta como “consecuencia de experiencias espirituales”, como dice Jörg Zink, y “como una obra que, al fin y al cabo, conduce al más allá de las palabras, a la meditación”, según Peter Rosien¹. Al fin y al cabo, todos los textos tratan de lo que ocurre aquí y ahora pero no es percibido, generalmente. De esta forma, la orientación bíblica ayudaría a afinar la capacidad de percibir lo presente y de reconocer que la fuente que obró en su día sigue obrando también ahora. Por supuesto, también las experiencias (antes, con y después del testimonio bíblico) requieren interpretación y reflexión, incluso de forma sistemática, si se quiere tener en cuenta la unidad de consciencia. Y lo que el físico Gary Zukav² vaticinó para el

1. Beide in dem anlässlich des Bibeljahres 2003 erschienenen Publik-Forum Dossier zum Thema “Abschied von der Bibel?”, S. III, 3 und S. XI, 3.

estudio de la física en el siglo XXI se aplicaría también en las facultades de teología. La introducción a la práctica de la meditación desempeñaría en ellas un papel fundamental, aunque otras asignaturas tuvieran que acompañar y completar la experiencia y la instrucción espiritual.

Religión infantil-religión adulta

Este desarrollo supondría también un gran paso hacia delante en lo que se refiere a la forma de la religión en sí. Al ocuparme de este nuevo paradigma que comienza con la práctica y que conduce a la experiencia y a la comprensión, me he dado cuenta de que coincide de forma sorprendente con una idea que ya había expresado con anterioridad Yamada Koun Roshi (1907-1989), nuestro común maestro zen. Aunque el zen no es una religión en el sentido estricto de la palabra, a través de su práctica se puede aprender algo sobre la forma en que funcionan las religiones. Yamada distingue dos tipos diferentes de religión, la “religión para niños” y la “religión para adultos”³.

La religión infantil sigue el antiguo estilo de educar a los niños. Yamada cuenta que también en el Japón se ha intentado hacer entrar en razón a los pequeños con amenazas tales como: si no te portas bien, vendrá a buscarte un espíritu maligno; o vendrá el ogro; o algo por el estilo. La religión de tipo infantil sigue este modelo en tanto en cuanto les presenta a las personas ideas, pensamientos, conceptos e imágenes concretas con el fin de conseguir de ellas un determinado comportamiento. Por ejemplo, esto equivale, en el ámbito religioso, a decirles: debes creer esto y aquello si quieres salvarte; debes realizar algo moralmente bueno para alcanzar el cielo; no debes seguir esta o aquella idea; y debes evitar todo mal para no caer en el infierno. O sea, la religión infantil se caracteriza por la utilización de conceptos, ideas e imágenes.

La religión para adultos pretende en primer lugar, según Yamada, transmitir la paz íntima al corazón mediante la experiencia de la reali-

2. Gary Zukav, *Die tanzenden Wu li Meister, rororo transformation* 7910, S. 351: “No se sorprendan ustedes si las asignaturas de física en el siglo XXI contuvieran seminarios sobre meditación”, Willigis cita esta frase con frecuencia.

3. Así figura en su obra *Zen no shomon* (Tokio 1980) que lamentablemente existe sólo en japonés. Paul Shepherd hizo una traducción al inglés en 1983, con el título *The Right Gate of Zen*, que tengo en forma de manuscrito (482 páginas). La introducción comienza con un párrafo sobre “Adult’s Religion in Contrast to Children’s Religion”. Me baso en ello.

dad tal cual es. Como ejemplo, Yamada cita una breve poesía que dice: “El fantasma que vi era tan sólo una hierba esteparia marchita, nada más”. La religión de adultos acaba con los fantasmas y las ilusiones, por ejemplo, con la ilusión de un *yo*, y libera de las ideas, imágenes y conceptos convencionales. Así pues, Yamada contrapone dos tipos de religión: por un lado, la religión que, al modo de la educación infantil, transmite conceptos e ideas, y, por el otro, la que conduce a la persona a la experiencia de la realidad auténtica. Utilizando sus propias palabras, en la religión infantil se trata de “belief and understanding”, es decir, de la adopción de una creencia y su comprensión posterior, mientras que en la religión de adultos se trata de “practice, realization and actualisation”. Con “practice” (práctica) se refiere al ejercicio de la práctica (por ejemplo, del zen); con “realization” (darse cuenta) se refiere a la experiencia de iluminación como experiencia de la realidad tal cual es, y con “actualisation” (poner en práctica) a la integración de estas experiencias en la personalidad y en la vida cotidiana.

Después de explicar estas diferencias, Yamada sigue diciendo: “En términos generales se puede decir que la humanidad está todavía en la edad infantil. Algunas personas siguen siendo párvulos, otras ya tienen la edad de la enseñanza primaria, otras están en enseñanza secundaria o haciendo el bachillerato, pero el conjunto de la humanidad no ha pasado aún de la edad infantil. Por eso no es ninguna exageración decir que la mayoría de las religiones existentes siguen siendo religiones de tipo infantil. Pero yo creo que la humanidad se encuentra en un proceso de crecimiento espiritual imposible de parar. Paso a paso la humanidad se desarrolla desde la edad infantil a la adulta. Paralelamente, la religión se encuentra en un proceso de desarrollo ineludible desde la religión infantil a la de los adultos”. (Ibíd.)

Hay muchos signos que nos indican que estamos viviendo en una fase de transición. Las formas tradicionales de practicar la religión atraen cada vez menos, sobre todo dentro de la organización territorial de las Iglesias, por parroquias. La asistencia a los actos litúrgicos decrece, la influencia pública de las Iglesias va disminuyendo y se observa la creciente necesidad de una experiencia religiosa auténtica, tal como la ofrecen los centros de espiritualidad. Muchas personas buscan exactamente lo que se ofrece en esos centros y en las alocuciones y homilias de este libro. Estos signos indican el tránsito a una nueva forma de religión adulta que se basa en la experiencia de la realidad auténtica y que enlaza con la tradición de la mística cristiana, especialmente con el

maestro Eckhart⁴, reconocido por los maestros orientales, al igual que san Benito, como persona iluminada. Puede que Karl Rahner no hubiera pensado en este tránsito de la humanidad a la edad adulta, pero se dio cuenta claramente de la dirección en la que va el desarrollo al decir que el cristiano del futuro será místico o no será. Si en Oriente, según Yamada, el zen ocupa el papel primordial, podemos decir lo mismo, para Occidente, de la práctica contemplativa de la mística cristiana. Y muchos que andan por este camino, incluido el P. Willigis, tienen la sensación de ser precursores y de impulsar este desarrollo. No es casualidad que el camino de la contemplación se haya revitalizado gracias al encuentro con el zen, lo que, por otro lado, era el deseo de Yamada Roshi. A menudo decía que deseaba que el zen tuviera sobre el cristianismo el efecto de una inyección de vitalidad.

Religiosidad transconfesional

Para la espiritualidad cristiana, alcanzar la mayoría de edad incluye también situarse más allá de las divisiones confesionales, pues todas ellas tienen que ver con las petrificaciones conceptuales de la religión infantil. Como persona ecuménica que soy, hace tiempo que opino⁵ que la superación de los muros que nos separan presupone un proceso de transformación espiritual profundo. A diferencia de una espiritualidad ecuménica, que se basa en un consenso mínimo, al P. Willigis le gusta hablar de una espiritualidad transconfesional. Esto no significa de ninguna manera desdeñar las características confesionales sino comenzar “más allá” de todos los conceptos verbales y mentales que caracterizan a cualquier confesión. Las fronteras confesionales se trascienden (o se difuminan) mediante una espiritualidad que se basa en la experiencia de lo absoluto que escapa a cualquier tipo de lenguaje y de confesión. Si las experiencias humanas de lo absoluto desbordan toda posibilidad de expresión verbal, también el camino espiritual hacia lo absoluto, así como la vivencia de esa “fuente”, tendrán que traspasar una y otra vez toda frontera confesional y lingüística.

Me lo imagino como escalar una montaña muy elevada. La cima en la que tierra y cielo se experimentan como unidad está mucho más arri-

4. Las citas provienen en su mayoría de Maestro Eckehart, *Tratados y Sermones*, Editorial Edhasa 1983 (en adelante indicadas como Edhasa).

5. Véase mi Conferencia de despedida sobre “Ökumenische Theologie und Spiritualität” en P. Lengsfeld, *Zum tieferen Sinn von Religion*, Petersberg 1993, 9-27.

ba de la cota alcanzada por los árboles. Ese límite superior se corresponde con la frontera lingüística. Solamente por debajo de esa cota, en el bosque de las posibilidades lingüísticas, se pueden colocar indicadores y es aún posible orientarse por senderos transitados, o gracias a determinados árboles y arbustos. El lenguaje no existe en la cima de la montaña. Allá arriba no hay más que rocas, no se distinguen senderos, ningún lenguaje, ninguna palabra, ningún indicador. Únicamente se puede subir solo y caminar hacia delante. A lo mejor, encontramos alguna persona experimentada que nos acompañe, o un ángel que dé ánimos para seguir. Pero la persona no puede permanecer por mucho tiempo en la cima, donde se da la experiencia de unidad sin palabras ni confesiones. Allí no se puede acampar, aunque a la persona le gustaría hacerlo. En cuanto baje de la cima, tendrá que volver al ámbito del idioma, tendrá que encontrar palabras e integrar lo experimentado en la vida cotidiana. Huelga decir que no le será posible evitar imágenes, ideas y expresiones conocidas pero, en el caso de echar mano de ellas, las utilizará de una forma nueva o, tal vez, creará una terminología nueva. Así que la experiencia transconfesional vuelve a conducir nuevamente a lo cotidiano que resulta comprensible para todos, pero sin considerar como absolutas las fronteras específicamente confesionales, como se solía hacer antes de la experiencia.

Reforma o transformación de la religión

Otra forma de poner de manifiesto el carácter especial de las alocuciones que figuran en este libro consiste en recurrir a la distinción entre reforma y transformación, tal como la propone Ken Wilber⁶. Todas las religiones han pasado una y otra vez por procesos de cambio, que eran necesarios en su momento. Toda religión contiene en sí el potencial de impulsar tanto los procesos de cambio de cada uno de sus fieles como de cambiar ella misma. Según el grado de radicalismo de este proceso podemos hablar de reformas o de transformación.

Las reformas se corresponden con una colocación diferente de los muebles en el mismo piso. Esto es algo que se hace de vez en cuando en algunas casas. Un cuadro nuevo, un tresillo nuevo, una nueva lámpara, una alfombra nueva, porque va a haber un niño más en la casa o bien un hijo mayor se marcha: hay muchos motivos para cambiar la disposición

6. Véase Ken Wilber, *Der glaubende Mensch. Die Suche nach Transzendenz*, Munich 1988, págs. 88 ss.. Véase también el título "Religion heute".

interior y ganar con ello una perspectiva nueva del piso. Se estaba cansado de lo viejo y ahora todo se encuentra más vivo y renovado con el nuevo arreglo. Algo parecido se puede observar en el ámbito mental espiritual. Surge un movimiento bíblico si se coloca a la Biblia en el centro, o surge un movimiento litúrgico si la liturgia se convierte en el núcleo. Ejemplos de reformas de este tipo, acaecidas en el pasado, son ciertas formas de religiosidad sacramental, la adoración del Corazón de Jesús o de la Virgen, el compromiso de los seglares en el ámbito social, la lectura de la Biblia en círculos reducidos, o nuevas formas religiosas meditativas, como ocurrió con el pietismo. Larga y muy variada es la historia de los cambios de acento en relación con los puntos esenciales, dentro de la religiosidad cristiana. Si añadimos las diferentes formas sociales y parroquiales, las hermandades, las órdenes monásticas clásicas y las comunidades afines a ellas, tendremos un número incalculable de “arreglos interiores de pisos” en los que la espiritualidad cristiana se ha ido asentando y desarrollando. Pero, aún así, desde hace algunos decenios la oferta tradicional ya no parece suficiente.

La necesidad de un acompañamiento espiritual y de una experiencia va más allá del marco que las religiones ofrecen corrientemente. Se buscan nuevas formas de la práctica y, sobre todo, fuentes más profundas para beber en ellas. Después de tantas reformas como ha habido a lo largo de los siglos, ya no basta con desplazar una vez más los muebles, para colocar en el centro alguna pieza diferente del mobiliario, permaneciendo, sin embargo, en el mismo piso.

Lo que toca ahora es la mudanza a una casa nueva o, por lo menos, a un piso nuevo; hace falta una transformación. Se debe inspeccionar cada una de las piezas del mobiliario y considerar si sigue siendo útil o no. A lo mejor hay que desechar algunas piezas y colocar otras con esfuerzo en la nueva morada. Se vivirá en una nueva casa, se beberá de una fuente nueva. Habrá nuevos puntos de vista y nuevas ideas sobre los valores. Se vivirá un nivel nuevo de la existencia. Se comprarán muchas cosas nuevas, que contribuirán a embellecer la nueva casa. Habrá nuevos caminos hacia ella, y desde ella a la ciudad, y habrá, sobre todo, desde sus ventanas, una vista nueva hacia el mundo, así como una sensación nueva al vivir en su interior y una nueva forma de vida.

Ken Wilber denomina a este tipo de cambio *transformación*, a diferencia de la *reforma*, que se refiere al desplazamiento del mobiliario. Creo que las alocuciones y homilias del P. Willigis, juntamente con el ejercicio práctico, no solamente habrán tenido en muchas personas este

efecto de transformación, sino que suponen por sí mismas –junto con la referencia a las fuentes esotéricas del cristianismo– una transformación, un cambio en la forma de dirigirse a las personas, diferente de lo que ocurre con las demás homilías y alocuciones. Desde esta perspectiva, se puede considerar una casualidad o, mejor aún, una afortunada coincidencia el hecho de que estas homilías y alocuciones se publiquen justamente en el mismo año en el que tiene lugar su mudanza de una casa a otra. También esto supone una transformación, un cambio de formas que abre nuevas perspectivas.

Después de revisar y ordenar los textos del P. Willigis tengo la sensación de ser un florista que se ha encontrado con hermosas flores, las ha mirado, seleccionado y reunido en un ramillete. Hoy, en el día en que el P. Willigis Jäger cumple 78 años, se las quiero ofrecer, junto con mis mejores deseos para la mudanza de casa y el nuevo comienzo.

Kirchzarten i. B., el día 7 de marzo de 2003
Peter Lengsfeld

PRÓLOGO DEL AUTOR

Los resultados de la crítica bíblica, silenciados por la Iglesia durante mucho tiempo, se están dando a conocer ahora también entre los fieles. En la prensa y en revistas se publican artículos que cualquiera puede leer. Muchas personas quedan confundidas. Algunas reaccionan rechazando el cristianismo y abandonando la Iglesia, otras buscan refugio en un fundamentalismo fatal. El presente libro no considera la Biblia como un libro histórico, sino como una historia de salvación. Las narraciones, mitos, relatos, leyendas, fábulas, cuentos y novelas no quieren contar lo que ocurrió realmente. La concepción mítica del mundo, el relato mítico y el lenguaje simbólico intentan encontrar el sentido del ser humano en el mundo mediante imágenes humanas primordiales. Son intemporales y tienen que reinterpretarse para cada época.

Las interpretaciones pueden diferir. Yo intento hacerlo desde la *experiencia* de la Realidad que en Occidente llamamos Dios. Los conocimientos de las ciencias naturales, así como los de la psicología han conducido a una antropología completamente nueva; y la astrofísica coloca a la tierra y al ser humano en un lugar del cosmos totalmente insignificante. Hemos alcanzado un límite en el que ya no es posible la comprensión racional del universo. Al mismo tiempo, la psicología transpersonal descubre espacios de la consciencia que nos deparan conocimientos totalmente nuevos sobre nosotros y el mundo. Se nos remite claramente a aquello que llamamos trascendencia. Ni el cosmos ni nuestra existencia humana pueden explicarse exclusivamente desde el raciocinio. Parece que la evolución nos abre nuevas posibilidades de comprensión mediante los espacios transpersonales de la consciencia. Son espacios conocidos por la mística desde hace milenios. Todas las

religiones han desarrollado caminos para *experimentar* aquello que proclaman las escrituras sagradas: son los caminos místicos que también conocen los cristianos. Desde esa perspectiva mística y desde la experiencia habrá que entender el presente libro, que pretende, también desde esa perspectiva, aportar sentido y ayuda para la vida.

3-3-2003 Willigis Jäger